

Al llegar á este punto no pudo menos de reír alegremente ante la idea de que pudiera seguir las enseñanzas de un pescador galileo, y canturreó:

Como un día Aristógiton y Harmodio,
de verde mirto adornaré mi espada.

Y no prosiguió, porque anunciaron la llegada de Eunica. Se sirvió la cena, durante la cual resonaron los cantos y los suaves acordes de la cítara. Vinicio habló de la visita de Quilón, del castigo que impuso al filósofo, y de la idea que se le ocurrió de ir directamente á ver al apóstol.

Petronio, bostezando, dijo:

— La idea fué excelente, porque dió buen resultado. Pero yo hubiera regalado á Quilón cinco monedas de oro; mas ya que estimaste oportuno darle unos azotes, bien dados están. Pero, ¿quién nos dice que no llegue día en que todos los senadores se prosternen ante él, como ahora ante Vatino, el noble zapatero? ¡Buenas noches!

Quitándose la corona, se levantó con Eunica para retirarse. Cuando ambos hubieron salido, Vinicio corrió á la biblioteca y escribió á Licia:

«Apenas tus puros ojos se abran á la luz de la mañana, esta carta te augurará un día feliz. Por esto te escribo ahora, aunque mañana pueda volver á verte. César parte dentro de dos días para Anzio, y yo, ¡infeliz de mí!, debo seguirle. Te dije ya que desobedecer equivale á morir, y ahora confieso que la muerte me infunde pavor. Pero si deseas que no obedezca, escíbeme una sola palabra y me quedaré. Petronio me ayudará á salvarme. Hoy, en el colmo de mi felicidad, he querido hacer dichosos á mis esclavos. Mañana llevaré á casa del Pretor á los que hayan servido veinte años en mi casa y les daré la libertad. ¡Tú, amor mío, debes congratularte, porque esta acción me fué inspirada por las benignas leyes de tu religión y la llevé á cabo por tí! Ellos deben agradecerte su libertad y quiero decírselo á todos para que bendigan tu nombre. Estoy dispuesto á declararme esclavo tuyo y de la felicidad. ¡Quiera Dios que semejante esclavitud no cese nunca! ¿Verdad? ¡Maldito sea Anzio y el viaje de *Enobarbo*! Por fortuna, no tengo reputación de sabio ni de artista, como Petronio; de lo contrario se me obligaría á marchar después á Grecia. La ausencia me parecerá menos amarga pensando incesantemente en tí. ¡No lo dudes! Procuraré aprovechar aunque sea un pequeño instante de libertad, para montar á caballo, volar hacia Roma, y recrear mis ojos con tu vista y mis oídos con el melodioso sonido de tu voz. Si no me fuese posible venir, un esclavo te traería mis cartas. ¡Salud, diosa mía! ¡Abrazo tus rodillas! No te enojos conmigo si te llamo diosa; quisiera obedecerte, pero hoy no puedo llamarte de otro modo. ¡Con toda mi alma te deseo felicidad en aquella casa donde entrarás como señora y dueña!»

XXXVI

Toda Roma sabía que César deseaba en su viaje ver el puerto de Ostia, ó por mejor decir, la nave más grande del mundo, que había llegado recientemente de Alejandría, cargada de grano, y desde Ostia debía hacer rumbo á Anzio, costeando. Algunos días antes se habían dictado las disposiciones del caso, por lo cual, al amanecer del día señalado, enorme masa de curiosos se había estacionado en la Puerta Ostiense para contemplar el séquito de Nerón, espectáculo del que no se hastiaba nunca el pueblo romano. El viaje de la capital á Anzio no era largo ni difícil. Allí se elevaban numerosos palacios y quintas, construídos y decorados suntuosamente y provistos de todas las comodidades y hasta de todo el lujo que podía desearse en aquellos tiempos. César solía llevar consigo en sus viajes todo cuanto le causaba placer, desde los instrumentos musicales y utensilios domésticos, hasta las estatuas y los mosaicos, y esto aun cuando hubiese decidido detenerse breve tiempo en determinado punto. En aquella ocasión iba seguido de una legión de siervos, sin contar todas las subdivisiones de la guardia pretoriana, sus cortesanos y todos los esclavos pertenecientes á cada uno de ellos.

Ya en las primeras horas de la mañana se habían reunido pastores de la Campania, de bronceados rostros, cubiertos de piel de cabra, conduciendo las quinientas burras en cuya leche había de bañarse Popea en cuanto llegase á Anzio. El pueblo contemplaba regocijado las largas orejas moviéndose entre una nube de polvo, y escuchaba con visible complacencia el chasquido de las fustas y la salvaje gritería de los pastores. Cuando hubieron pasado las burras, presentáronse en número considerable los mozos encargados de barrer y limpiar el camino, esparciendo luego sobre él flores y ramitas de pino, y con este motivo, la gente refería con cierto orgullo que todo el camino hasta Anzio se cubriría de flores, cogidas unas en los jardines de los alrededores, y otras vendidas por los floristas á fabulosos precios.

A medida que iba transcurriendo el tiempo, aumentaba la muchedumbre. Muchos llevaban consigo á toda la familia, y arreglando sus provisiones sobre las piedras allí amontonadas para el templo de Ceres en construcción, se disponían á celebrar su acostumbrada comida al aire libre. Acá y allá veíanse grupos de personas, guiadas por otras más enteradas de los proyectos de César, y hablábase de aquel viaje de recreo y de los futuros viajes del emperador. Marineros y antiguos soldados aprovechaban la ocasión para relatar extraordinarias maravillas que habían oído narrar sobre lejanos países en que ningún romano había puesto todavía su planta. Y todos los que no habían ido más allá de la Vía Apia escuchaban con la boca abierta las fantásticas descripciones de la India, de la Arabia y de las islas que rodeaban la Bretaña, en una de las cuales Briareo tenía prisionero á Saturno dormido; de los mares glaciales de las regiones del Norte y del rumor del Océano al sumergirse el sol en su fondo cuando terminaba el día.

No era extraño que semejantes fábulas encontrasen fácil acogida entre el pueblo, cuando hombres como Tácito y Plinio les prestaban crédito. Se hablaba también de la nave que César pretendía visitar, recién llegada con un cargamento de grano suficiente para dos años, sin contar cuatrocientos pasajeros é igual número de soldados y una serie de fieras destinadas á las diversiones estivales.

Todos se mostraban reconocidos al emperador, que no sólo se preocupaba de sus alimentos, sino también de sus placeres, y se preparaban á saludarle con entusiasmo.

Apareció, en tanto, una sección de númeridas, pertenecientes á la guardia pretoriana de caballería. Vestían uniforme amarillo con cinturones rojos, y pendían de sus orejas enormes cercos, que proyectaban sobre sus rostros de ébano dorados reflejos. Las puntas de sus fustas relucían como vivas llamaradas.

Comenzó en seguida á avanzar el cortejo, á manera de procesión. La multitud se estrujaba para ver mejor; pero los pretorianos á pie formaban á ambos lados de la puerta un cordón para impedir que la gente invadiese el sitio por donde aquél había de pasar.

Iban delante los carros con tiendas purpúreas, rojas y violáceas, otras blancas como la nieve, tapices orientales y mesas de cedro, mosaicos, carros con utensilios de cocina, jaulas con pájaros raros de todos los países y cuyas lenguas y sesos estaban destinados á la mesa del emperador, recipientes de vino, cestas de fruta. Los objetos más frágiles eran llevados á mano por los esclavos. Centenares de ellos llevaban vasos ó estatuas de bronce corintio; otros, vasos etruscos ó griegos, vajillas de oro, de plata y de cristales alejandrinos. Éstos iban precedidos de pretorianos á pie y á caballo. Cada grupo de esclavos tenía su vigilante, que llevaba la fusta de castigo con pedazos de cuero ó de hierro en su extremidad.

Toda aquella inmensa fila de hombres que llevaban con gran recogimiento los más variados objetos, hacía pensar en una solemne procesión religiosa, y esta semejanza resaltaba más cuando avanzaron los instrumentos musicales de César y de su corte. Se veían arpas, flautas griegas, egipcias y hebraicas, liras, cítaras, cuernos de búfalo y timbales. Cualquiera que hubiese contemplado aquella infinidad de instrumentos relucientes con sus piedras preciosas y todo el oro y las perlas de que estaban recargados, hubiera podido creer que Apolo y Baco habían emprendido juntos un viaje por el mundo. Aparecieron luego los carros triunfales de acróbatas artísticamente agrupados, danzadoras y danzadores, con sus varitas mágicas en la mano. Seguían á éstos algunos esclavos mantenidos por lujo, no destinados á servir, y había entre ellos muchachos y niñas de Grecia y del Asia Menor, estas últimas con los largos cabellos sueltos ó recogidos en doradas redecillas; niños que semejaban amorcillos, de rostros graciosos, pero cubiertos con una espesa capa de cosmético para que el aire de la Campania no perjudicase su delicado cutis. Avanzó otra cohorte de pretorianos, formada de sicambros gigantescos, hombres barbudos, de ojos azules y de cabellos rubios ó rojos. Les precedían los portaestandartes llamados *immaginarii* con las águilas romanas, tablas con inscripciones, efigies de divinidades griegas y germánicas y bustos de César.

Bajo las pieles y armaduras de los soldados aparecían los miembros musculosos bronceados por el sol, semejantes á máquinas de guerra, capaces de manejar las pesadísimas armas de que iban cargados. Bajo sus pasos cadenciosos y fuertes parecía que había de hundirse la tierra, y ellos, conocedores de su fuerza, que hubieran podido usar hasta contra el mismo César, miraban con aire de desprecio á la muchedumbre aglomerada en la vía, olvidando, sin duda, que muchos de ellos habían sido conducidos entre cepos á la ciudad. Su número, sin embargo, era li-

mitado, pues parte de la guardia pretoriana debía permanecer en Roma en previsión de cualquier tumulto ó suceso desagradable.

Iban detrás, encadenados, los leones y tigres de Nerón, que, imitando á Dionisio, hubiera podido uncirlos á su carro. Los conducían árabes é indios con cadenas cubiertas de flores, que no parecía sino que iban guiados por flores entretejidas á manera de coronas. Las fieras, domesticadas por expertos domadores, miraban á la gran masa humana con sus ojos vidriosos, dormidos al parecer, y levantaban de cuando en cuando las enormes cabezas, aspirando las exhalaciones de los cuerpos amontonados y relamiéndose luego.

Veíanse á continuación los carros de César, las literas de oro y de púrpura, adornadas de marfil, de perlas y de piedras preciosas. Seguía una compañía de pretorianos, compuesta de voluntarios itálicos (1); y en éstos un grupo más numeroso de selectos esclavos y muchachos: por último, apareció el mismo César, cuya proximidad había sido anunciada desde lejos por mil gritos de júbilo.

Entre la multitud encontrábase también el apóstol Pedro, que deseaba ver una vez al menos á Nerón. Le acompañaban Licia, oculta bajo tupido velo, y Ursus, cuya fuerza podía ofrecer á la joven la más valiosa garantía contra las masas turbulentas. El gigante licio cogió una de las piedras destinadas á la construcción del templo de Ceres y la trasladó adonde se hallaba el apóstol, para que éste, colocándose encima, pudiese ver cómodamente todo el cortejo.

Cuando Ursus movió la piedra, como la ola mueve la nave, se produjo un murmullo general; pero cuando la transportó, con una fuerza que cuatro hombres de los más robustos no hubieran poseído, el rumor se convirtió en un grito unánime de admiración y de asombro.

César apareció. Iba sentado en un carro, tirado por seis blancos sementales idumeos con herraduras de oro. El vehículo tenía la forma de una tienda abierta por los lados, á fin de que el pueblo pudiese contemplar sin obstáculos al emperador. El espacio interior era suficiente para contener varias personas; pero el César, deseando que nada distrajesse la pública atención de su individualidad, iba solo con dos enanos acurrucados á sus pies. Vestía una túnica blanca y una toga color de amatista, que daba á su rostro reflejos azules; una corona de laurel adornaba sus sienes. Después de su viaje á Nápoles había engordado y encanecido, y parecía tener doble barba, por lo cual su boca, demasiado próxima á la nariz, estaba en inmediato contacto con ésta. Llevaba, como de costumbre, el grueso cuello abrigado con un pañuelo de seda, que se ponía y quitaba continuamente con su mano blanca y gruesa, cubierta de pelo rojo, como manchas sanguinolentas. No les era permitido á los *depilatori* arrancárselo, desde que oyó decir que esa operación hubiera podido ocasionar un temblor en los dedos, y por lo tanto, se hubiera visto imposibilitado para pulsar la cítara. Sobre su rostro, cuya expresión era tan desagradable como vulgar, se dibujaba una ilimitada ambición, el tedio y un aburrimiento infinito. Mientras el cortejo avanzaba, él volvía la cabeza á una y otra parte, observando atentamente el modo como el pueblo le saludaba. Se proferían á su paso gritos de júbilo y aclamaciones: «¡Salud á ti, oh divino César! ¡Emperador, salud! ¡Salud, conquistador! ¡Salud, insuperable! ¡Hijo de Apolo! ¡Apolo!» Estas palabras le arrancaban alguna sonrisa; pero no tardaba en obscurecer su rostro una nube de ira; el pueblo romano era un pueblo satírico y fino observador, y se permitía á veces ridiculizar hasta á los más grandes triunfadores y á hombres ge-

(1) Los habitantes de Italia estaban exentos, desde el tiempo de Augusto, del servicio militar: por esto salió la llamada *itálica cohorte* de voluntarios, que ordinariamente residía en Asia. La guardia pretoriana formábanla voluntarios cuando no estaba compuesta de extranjeros.

neralmente queridos y respetados. Ya no era un secreto para nadie que á la entrada de Julio César en Roma se había oído exclamar: «¡Ciudadanos, esconded á vuestras mujeres: viene el viejo disoluto!» Pero el orgullo monstruoso de Nerón no podía soportar la menor burla ni la más ligera censura, y en aquella ocasión, con los gritos de júbilo mezclábanse las exclamaciones: «¡Enobarbo, Enobarbo! ¿Qué hiciste de tu barba flameante? ¿Tenías miedo de pegar fuego á Roma?» y los que esto exclamaban no suponían, seguramente, que sus gritos encerraban una terrible profecía.

Pero semejantes voces no conmovían á Nerón: no llevaba barba porque la había dedicado á Júpiter Capitolino en una caja de oro. Algunos individuos, escondidos tras los montones de piedras del templo, gritaron: «¡Matricida! ¡Nerón! ¡Orestes! ¡Alcmeón!» y otros: «¿Dónde está Octavia? ¡Abajo la púrpura!»

Popea, que le seguía, tampoco se vió libre de los denuestos y burlas del pueblo; le gritaban: ¡Flava coma! (cabellos amarillos), expresión usada para señalar á las mujeres de vida airada. Al oído musical de César llegaron estas palabras, y aplicando á su ojo derecho la pulimentada esmeralda, se puso á mirar atentamente buscando á los autores, como para retener en la memoria su fisonomía. En aquel momento su mirada se encontró con la del apóstol, derecho sobre la piedra, y los dos hombres se miraron fijamente un instante. A ninguno de los que formaban el brillante cortejo, á ninguno de los que se movían entre la multitud inmensa, le pasó por la mente la idea de que en aquel punto y hora se cruzaban las miradas de dos fuerzas terrenas, una de ellas destinada á desaparecer en breve tiempo como un sueño sangriento, mientras la otra, humilde en la apariencia, conquistaría para siempre Roma y el mundo entero. César pasó; detrás de él ocho africanos conducían una litera en la que iba sentada Popea, tan despreciada por el vulgo. Como Nerón, llevaba una túnica color de amatista, una densa capa de cosmético cubría su rostro, y en su inmovilidad, en su actitud indiferente y pensativa, semejava una hermosa y maléfica divinidad. La seguía una legión entera de siervos, esclavos y por último una hilera interminable de carros con vestidos y objetos de adorno y de necesidad.

El sol iba á declinar cuando comenzó á avanzar la línea infinita, espléndida y multicolor que formaban los cortesanos. El escéptico Petronio, amigablemente saludado por la muchedumbre, compareció en su litera junto con la hermosísima esclava. Tigelino iba en un carro tirado por potros adornados con plumas blancas y purpúreas. Incesantemente levantaba la cabeza para ver si Nerón le invitaba á que tomara asiento junto á él. Liciano fué acogido con grandes aplausos y Vitelio con carcajadas. Los cónsules Licino y Lecanio pasaron inadvertidos; en cambio, á Tulio Senecio y á Vestinio se les hicieron demostraciones de viva simpatía, sin que ninguno supiese por qué.

Y el cortejo continuaba aún y no se veía el fin. Parecía que toda Roma rica y noble emigraba á Anzio. Además Nerón nunca viajaba con menos de mil carros y su séquito superaba al número de soldados de una legión romana (1). Iban también Domicio Afro, el viejo Lucio Saturnio, Vespasiano, que tenía aún que emprender su campaña en Judea, desde donde había de regresar más tarde, llamado para ceñir la corona imperial, y sus hijos, los jóvenes Nerva Lucano, Annio Galo, Quinziano, y una infinidad de mujeres conocidas por su belleza, su riqueza y su lujuria.

Los ojos del público estaban fijos en las variadas armaduras, carros, caballos y

(1) En tiempo de los Césares, una legión constaba de doce mil hombres.

trajes raros de los siervos escogidos entre mil y mil pueblos de la tierra. En aquel cortejo, todo magnificencia y grandeza, no se sabía qué persona ni qué objeto había de contemplarse preferentemente, y no sólo la mirada, sino la imaginación, quedaban deslumbrada la una y confusa la otra á la vista de tanto oro, de tan variados colores y ante el rico centelleo de las piedras preciosas. Hubiérase dicho que hasta los rayos del sol parecían debilitarse ante tan mágico esplendor. Entre la prensada muchedumbre había más de un pobre con el estómago vacío; y si tal espectáculo despertaba en él un sentimiento de envidia, le llenaba al mismo tiempo de orgullo al considerar el poder de Roma, al que contribuía el mundo entero y ante el cual el mundo entero se inclinaba. Nadie se hubiera atrevido entonces á suponer que semejante grandeza no había de desafiar á los siglos y sobrevivir á todas las naciones, y que llegaría día en que una fuerza más grande lograría derribarla.

Vinicio iba al final del cortejo. Al ver al apóstol y á Licia, á la que no esperaba ver, saltó del carro, y saludándoles con los ojos resplandecientes de gozo, dijo precipitadamente, no pudiendo perder tiempo:

— ¿Has venido? ¡Cuánto te lo agradezco, Licia mía! ¡Dios no podía haberme favorecido con mejor premio! ¡Adiós! Pero por breve tiempo, no lo dudes: dispondré que me tengan preparados caballos de cambio en todo el camino para visitarte todos los días libres, hasta que pueda regresar. ¡Adiós!

— ¡Adiós, Marco!, respondió Licia. Después añadió en voz baja: ¡Que Cristo te inspire y abra tu espíritu á las palabras de Pablo!

El joven se conmovió al ver la solicitud de Licia y su deseo de que se hiciera cristiano, y dijo:

— ¡Pupila de mis ojos! Sucederá lo que desees. Pablo prefiere ir con mi gente, pero estará conmigo y será mi amigo y maestro. Levanta el velo, amor mío, y permíteme que antes de partir pueda ver aún tu hermoso rostro. ¿Por qué te ocultas bajo un velo tan tupido?

Ella levantó el velo y descubrió el rostro animado y los purísimos ojos con gracia candorosa, como preguntando:

— ¿Te resulta desagradable el velo?

Y en su sonrisa había una adorable petulancia juvenil; pero Vinicio, que la contemplaba extasiado, se apresuró á contestar:

— ¡Desagradable á mis ojos, que quisieran mirarte hasta el día de la muerte!

Luego, volviéndose á Ursus, continuó:

— ¡Ursus, custódiala como á la luz de tus pupilas, porque es tu *dómina* y también lo es mía!

Vinicio cogió la mano de Licia y la llevó á sus labios, en medio del asombro de la gente, que no se explicaba semejante manifestación de respeto de un augustiniano hacia una joven de aspecto tan modesto, vestida como una esclava.

— ¡Adiós!

Y se alejó rápidamente, porque el séquito de Nerón había avanzado un poco. Pedro le bendijo secretamente con la señal de la cruz. Ursus entonó las alabanzas de Vinicio, congratulándose de la cariñosa atención con que su dueña le escuchaba.

En tanto el cortejo se iba alejando y ya se divisaba á través de una nube dorada. Le siguieron aún con las miradas, hasta que Demades, el molinero con quien Ursus trabajaba de noche, se acercó al grupo. Besó en seguida la mano del apóstol y le invitó á comer en su casa, la cual se hallaba á corta distancia del *Emporio*. Todos debían indudablemente sentir apetito, pues habían pasado casi todo el día en aquel camino.

Marcharon con Demades, y después de haber comido y reposado un poco, volvieron al anochecer al Trastevere, y queriendo atravesar el río por el puente Emilianio, pasaron por el *Clivus Publicus*, sobre el Aventino, entre los templos de Diana y de Mercurio. Desde aquella altura, el apóstol se puso á contemplar todos los edificios próximos y lejanos, y tácitamente no pudo menos de pensar en el enorme engrandecimiento y en el poder de aquella ciudad, á la cual había ido para anunciar el Divino Verbo. Hasta entonces le era conocida la grandeza de Roma y de sus legiones por haber oído hablar de ello ó por los datos que había podido recoger en los diversos países que recorrió, en los cuales vió ejemplos y pruebas de aquel poderío, pero como testimonios aislados de una fuerza que ahora por primera vez se le aparecía personificada en la figura de Nerón. ¿Roma? Una ciudad gigantesca, ávida, rapaz, desenfrenada, corrompida, pero de una fuerza cruel que la hacía casi invulnerable. ¿César? Un fratricida, un matricida, un libertino, á quien seguía un conjunto de sombras sangrientas no inferior en número á la escolta de sus cortesanos aún vivientes. Aquel bellaco, aquel bufón, que imperaba todavía sobre treinta legiones y con éstas sobre el mundo entero; aquellos cortesanos cubiertos de oro y de púrpura, inseguros del porvenir, poderosos aún como reyes hasta su última hora, todos juntos ofrecían un cuadro infernal de iniquidad y de corrupción. Y en la simplicidad de su alma se asombraba de que Dios hubiese concedido á Satanás el inconcebible poder de oprimir al mundo, de aplastarle, de exprimirle lágrimas y sangre, de removerlo como una turbonada, de desatar sobre él su furia como el huracán y destruirlo como el fuego. Y su corazón de apóstol parecía oprimirse ante esa idea, y habló de esta manera á su Divino Maestro:

— ¡Oh, Señor! ¿Cómo debo empezar en esta ciudad adónde me enviaste? ¿A ella pertenecen mares y montañas, á ella animales de los bosques y habitantes de las aguas: suyos son reinos y ciudades y treinta legiones que la defienden; y yo, Señor, no soy más que el humilde pescador de un lago pequeñísimo! ¿Cómo debo empezar? ¿Qué hacer para vencer tanta perversidad?

Diciendo esto, levantó al cielo su encanecida y temblorosa cabeza, é invocó y suplicó ardientemente á su Divino Maestro, en medio del dolor más profundo.

Licia le interrumpió:

— Diríase que toda la ciudad es ahora presa de las llamas.

En efecto, el sol declinaba con resplandores iridescentes. Su disco había desaparecido detrás del Janículo y todo el cielo estaba iluminado por viva luz rojiza. A su derecha aparecían los muros del Circo Máximo, más arriba los inmensos palacios del Palatino, y frente á éstos, al otro lado del *Forum Boarium* y del *Velabrum*, se elevaba el Capitolio con el templo de Júpiter. Los muros y las columnas, las altas cimas de los templos, estaban sumergidos en la dorada luz crepuscular. El cauce del río, visible en lontananza, parecía tinto en sangre, y á medida que el sol se ocultaba, sus reflejos se hacían más rojizos, ofreciendo el espectáculo de un enorme incendio que, propagándose en breve espacio de tiempo, invadía las siete colinas y cuanto las circundaba.

— La ciudad entera parece envuelta en llamas, observó de nuevo Licia.

Pedro se cubrió los ojos con las manos, y dijo:

— ¡Sobre ella pesa la cólera divina!

XXXVII

«VINICIO Á LICIA

»El esclavo Flegón, con quien te envió estas líneas, es un cristiano, y por consecuencia, uno de los destinados á recibir la libertad de tus manos, amada mía. Es un antiguo siervo de nuestra casa, de quien puedo fiarme sin temor de que la carta caiga en otras manos que no sean las tuyas.

»Te escribo desde Laurento, donde hemos hecho breve parada á causa del excesivo calor. Otón poseía aquí una quinta regia, que á su tiempo cedió á Popea, la cual, divorciada luego de él, no pensó en desprenderse del soberbio regalo. Cuando comparo contigo á todas las mujeres que veo á mi alrededor, me siento inclinado á suponer que de las piedras lanzadas por Deucalión han salido personas muy diferentes unas de otras y que tú perteneces al número de las que salieron del cristal.

»Te amo y te admiro con toda el alma y no quisiera hablar más que de ti: por esto te relataré brevemente lo que concierne al viaje y á la corte de César. Éste fué huésped de Popea, que había preparado en secreto una brillante recepción, á la cual sólo fueron invitados sus preferidos, entre ellos Petronio y yo. Después de la comida, paseamos por el mar en doradas lanchas, y las aguas estaban tan quietas que parecían dormidas, y tan azules que recordaban el color de tus ojos, adorada mía. Nosotros llevábamos los remos, pues la Augusta se sentía halagada al ver que por ella remaban los cónsules y los hijos de cónsules. César, envuelto en purpúrea toga, tenía también su remo y cantaba un himno al mar que había compuesto la noche anterior, armonizándolo con ayuda de Diodoro. En otras barquillas seguían esclavos indios capaces de sacar sonidos á las conchas marinas, y alrededor aparecían delfines, atraídos tal vez por la música desde los dominios de Anfitrite. ¿Adivinas lo que hacía yo? Pensaba en ti, lleno de ansia, y hubiera querido coger aquel mar con su calma encantada y con su música, para ofrecértelo todo á ti.

»¿No te agradaría, divina, vivir conmigo, lejos de Roma, á orillas del mar? Poseo una quinta en Sicilia y allí un magnífico bosque de almendros, en primavera cubiertos de flores rosadas, y tan próximos al mar, que á veces las puntas de las ramas encorvadas acarician la superficie azul. Allí es donde quiero amarte y seguir las enseñanzas de Pablo; ahora comprendo perfectamente que los cristianos no excluyen de su doctrina los goces del amor.

»¿Quieres? Mientras espero tu respuesta, te describiré lo que acaeció después.

»Al poco rato nos acercamos á la orilla, vimos asomar en lontananza una vela y se entabló discusión acerca de si se trataba simplemente de una barca pescadora ó de una gran nave procedente de Ostia. Yo fuí el primero en adivinarlo, á lo cual la Augusta observó que nada podía ocultarse á mis ojos; y dejando de pronto caer

el velo sobre su rostro, me preguntó si de aquel modo la reconocería. Petronio contestó en seguida que á nadie le es posible descubrir el sol tras una espesa nube; entonces ella replicó en tono festivo que una vista clara como la mía no podía obscurecerse más que por el amor, y empezó á citar una serie de mujeres romanas para adivinar cuál era entre ellas mi pasión. Yo respondí con la mayor calma, y ella acabó por quitarse el velo y me miró con cierto aire de reto.

»Estoy, en verdad, agradecidísimo á Petronio que, en aquel momento, hizo virar la lancha de modo que la general atención no volvió á fijarse en mí; pues no te oculto que en caso de que hubiera dicho una palabra poco benévola acerca de ti, no hubiera podido refrenar mi cólera fácilmente y hubiera cedido á la tentación de abrir la cabeza con mi remo á aquella mujer perversa.

»¿Recuerdas aún lo que me ocurrió en el lago de Agripa y que te referí en casa de Lino la víspera de mi marcha? Petronio teme por mí y aún hoy me suplicaba insistentemente que no tratase de herir el orgullo de Popea. Pero Petronio no me comprende. No se le alcanza que fuera de ti no existe para mí ningún placer, ninguna belleza, ningún amor, y que á una Popea no podría ofrecerle más que mi desprecio y mi disgusto. Tú has hecho de mí otro hombre, me has transformado tan radicalmente, que á ningún precio podría volver á mi vida de otro tiempo. Pero no temas que aquí me ocurra ninguna desgracia. La Augusta no me ama, porque es incapaz de amar á nadie. Su capricho reconoce por origen su ira contra César que sufre aún su influencia y en el fondo aún la quiere, pero no procura ocultarle de ningún modo sus escandalosas aventuras.

»Te diré una cosa que te tranquilizará por completo. Antes de mi partida Pedro me animó á no temer á César, que no podrá tocarme ni un cabello: y yo creo en él. Una voz del alma me dice que su palabra se cumplirá. ¡Desde el momento en que él bendijo nuestro amor, ya ni César, ni un poder del averno, ni el hado mismo serán capaces de arrancarte de mi corazón, Licia mía! Esta idea me hace dichoso en tal grado que me figuro estar en el cielo, allí donde se goza de la verdadera felicidad. Pero no debo hablarte del hado á ti, que eres cristiana. Quiero decir que el cristianismo no me ha purificado aún, y que mi alma semeja un cáliz vacío que Pablo va llenando poco á poco con la santa doctrina que tú sigues y que por esto me es tan querida. Tú, divina mía, no debes olvidar que vertí todo lo que antes contenía y que ahora, lo mismo que un sediento, trato de llenarlo en una fuente más pura. Esto hace que á tus ojos encuentre gracia.

»En Anzio quiero oír á Pablo día y noche. Desde el primer momento se granjeó tantas simpatías y admiración entre mi gente, que ésta, rodeándole siempre, ve en él no sólo un taumaturgo, sino hasta un ser sobrenatural. Ayer vi pintada en su rostro la alegría. Preguntándole yo la causa, me contestó: «Estoy sembrando.» Petronio sabe que está conmigo, y desea verle, y también Séneca, que supo de él por medio de Galo.

»Las estrellas palidecen, hermosa mía, y la estrella de la mañana aparece más brillante. Dentro de poco la aurora enrojecerá las ondas. Todo calla en torno á mi persona; sólo yo estoy despierto y pienso en mi amor. ¡Te envío un saludo con los rayos del sol, esposa querida!»

XXXVIII

«VINICIO Á LICIA

»¿Estuviste alguna vez en Anzio con Aulo y Pomponia, querida mía? Si no, me agradecerá acompañarte un día y hacerte los honores. Todo el camino que conduce á esta población, desde Laurento acá, es una serie no interrumpida de quintas, á lo largo de la playa; Anzio mismo no es sino una sucesión continuada de palacios y pórticos, cuyas columnas se reflejan en el agua en días serenos. También mi quinta está sobre el mar, mi hermosa quinta con su jardín de olivos y su bosque de cipreses, y cuando pienso que todo esto será tuyo, el mármol me parece más blanco, el bosque más umbroso y el mar más azul. ¡Oh, Licia mía, cuán bella es la vida cuando se ama! El viejo Menicles, á quien tengo confiada la vigilancia y el cuidado de la quinta, plantó lirios entre los mirtos, y al verlos se me presentó á la imaginación la casa de Aulo, el impluvio y el jardín, donde nos sentábamos uno al lado de otro. Estas flores te recordarán tu patria, y estoy por lo tanto seguro de que llegarás á encariñarte con Anzio y nuestra quinta.

»Inmediatamente después de mi llegada, durante la comida, hablé extensamente con Pablo. Hablamos sobre todo de ti y luego él empezó á iluminarme. Le escuchaba atentamente, y sólo puedo decir que, aun sabiendo escribir como Petronio, no estaría en condiciones de explicar lo que aconteció en mi espíritu. No hubiera nunca creído que en el mundo podía darse semejante felicidad, semejante belleza, semejante paz, hasta ahora desconocida por todos.

»Pero de esto trataremos verbalmente, porque, como sabes, aprovecharé el primer momento libre para volar hacia Roma.

»¿Cómo puede la tierra albergar á un mismo tiempo á un apóstol Pedro, á un Pablo de Tarso y á un Nerón? Te pregunto esto, porque la noche siguiente al coloquio con Pablo estuve en la casa de César, y ¿qué dirás que oí? Primeramente leyó él una poesía sobre la destrucción de Troya, deplorando luego no haber gozado nunca del espectáculo de una ciudad incendiada y considerando afortunado á Príamo, á quien había tocado en suerte semejante dicha. Tigelino respondió entonces:

— Di una sola palabra, oh divino, y yo cojo una tea y antes de despuntar la aurora Anzio será una enorme hoguera.

»A lo que César no pudo menos de contestar, burlándose de tal proposición:

— ¿Y adónde iría yo entonces para respirar el aire marino y reforzar la voz que me concedieron los dioses en beneficio de la humanidad? ¿No es acaso Roma la que me debilita, no son las emanaciones de la Suburra ó del Esquilino las que me producen la ronquera? Y los palacios romanos, ¿no ofrecerían por ventura un espectáculo mucho más imponente y mucho más trágico que cuanto pudiera obtenerse en Anzio?